

Preguntas de Reflexión

- ¿Qué has perseguido en el pasado y que ha demostrado ser “vanidad”?
- ¿Cómo reconoces cuando el “viejo yo” está intentando reafirmarse con tus pensamientos o comportamiento?
- ¿Qué prácticas espirituales te ayudan a mantenerte firme en tu nueva identidad como un(a) hijo(a) amado(a) de Dios?

Bienvenido a Católicos en Recuperación

Estamos agradecidos de que seas parte de nuestra comunidad y te animamos a que sigas regresando

- Visita catholicinrecovery.com para ver una lista completa de reuniones disponibles, recursos de recuperación e información sobre cómo comenzar
- Te pedimos paciencia mientras traducimos más recursos y materiales al español
- Ten la seguridad de que tu participación y presencia en estas reuniones se mantendrán confidenciales.
- ¡Eres digno de libertad, una vida nueva y recuperación!

Lecturas Dominicales

Primera Lectura: Eclesiastés 1, 2; 2, 21-23

Salmo Responsorial: Salmo 90:3-4, 5-6, 12-13, 14 y 17

Segunda Lectura: Colosenses 3:1-5, 9-11

Evangelio: Lucas 12:13-21

Decimoctavo Domingo del Tiempo Ordinario



“¡Vanidad, pura vanidad! ¡Nada más que vanidad!” (Eclesiastés 1:2). Esta expresión del Libro del Eclesiastés es el inicio de las lecturas de este domingo y resuena fuertemente en aquellos de nosotros que estamos recuperándonos de la adicción sexual. En el centro de nuestra adicción había una búsqueda excesiva de gratificación en cosas que nunca pueden satisfacer. Buscábamos el placer, el escape, y la fantasía, creyendo en muchas ocasiones que teníamos el control. Pero la lujuria demostró ser un ídolo engañoso. Mientras más buscábamos satisfacción a través de ella, más vacíos nos volvíamos.

La recuperación ofrece una nueva forma de vida. Los Doce Pasos, integrados a la sabiduría espiritual según la Iglesia, nos muestran como reorientar nuestros corazones hacia lo eterno. Al cambiar nuestras prioridades, ya no seguimos buscando significado a través de la gratificación o el control. En lugar de ello, comenzamos a desear la verdad, la pureza, y la unión, con Dios, con nosotros mismos, y con otros. Pero esto toma tiempo. Tal y como lo decimos en los círculos de recuperación, “no te apartes antes de que ocurra el milagro.” Ese milagro no es solamente la sobriedad, es la transformación.

En la segunda lectura de este domingo, San Pablo exhorta a los fieles a dejar a un lado al viejo yo y buscar las cosas del cielo (Colosenses 3:5, 9-10):

*En consecuencia, den muerte a todo lo terreno que hay en ustedes:
la lujuria, la impureza, la pasión desordenada, los malos deseos,
y también la avaricia, que es una forma de idolatría.
Tampoco se engañen los unos a los otros,
porque ustedes se despojaron del hombre viejo y de sus obras
y se revistieron del hombre nuevo,
que, mediante el conocimiento, se va renovando
a imagen de su Creador.*

Las palabras de Pablo son dolorosamente atinadas para cualquiera que ha luchado con la compulsión a la lujuria. Nuestro “viejo yo” estaba motivado por el deseo, la fantasía, y la ocultación. Constantemente vivíamos una doble vida, escondiendo nuestro comportamiento mientras anhelábamos una intimidad que no sabíamos como vivirla. Estos comportamientos nos esclavizaron. La recuperación nos motiva a entregarlos, no en una ocasión única, sino a diario.

Pablo menciona “la avaricia que es idolatría”, un poderoso retrato de la adicción sexual. La avaricia, en este contexto, es la creencia de que debemos consumir más para sentirnos satisfechos. Pero nuestros corazones están diseñados para el amor, no el consumo. Cuando utilizamos a otros, o a nosotros mismos, como objetos, nos desconectamos de nuestra dignidad auténtica y de Dios.

Al trabajar en los Pasos, encontramos la libertad nueva. Pero esta libertad trae consigo el desafío constante de mantenerse cerca de Dios. Tal y como Santo Tomás de Aquino lo advierte, aun cuando la lujuria es retirada, podemos recurrir a otros ídolos: el poder, el honor, o la riqueza, como sustitutos de una entrega verdadera. El viejo yo siempre está buscando nuevas formas de ocultarse.

Escuchamos también en las juntas “no te apartes después de que el milagro ocurra.” Una vez que hemos experimentado la sanación, puede haber una tentación de dejarse llevar, de abandonar las prácticas espirituales o a la comunidad. Pero la gracia que nos libera es la gracia que debe seguir sosteniéndonos. Si no nos mantenemos firmes en la oración, el compañerismo, y los Sacramentos, podemos perder el contacto con la transformación que Dios ha iniciado en nosotros.

El regalo más grande de la recuperación no es solamente la libertad de la lujuria, sino la libertad para amar correctamente. Ya no buscamos más quitar o escapar, sino dar y relacionar. De esta manera, nuestro nuevo yo continuamente “se va renovando a imagen de su Creador.”